

Estampas Callejeras

La barbería cubana: pantuflas, tirantes y un canario. Hoy los jóvenes se peinan como si se hubiesen hecho papelillos : :

Por ELADIO SECADES

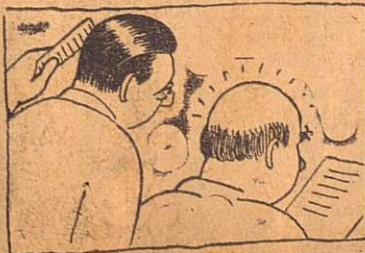
EL hombre, sin darse cuenta, ama y cultiva los pocos lugares de su vida a donde no puede llegar la mujer. La barbería, después de todo, es el único espectáculo sólo para hombres. Cuando en la barbería hay una mujer, ya se sabe que es la manicurista. Que ha hecho de su mesita una isla aparte. La manicurista que le arregla las manos a una señora se diferencia de la que le arregla las manos a un caballero, en que la primera habla y la segunda escucha. Pero suelen parecerse en que han fracasado en esas dos aspiraciones de la muchacha pobre, que son casarse y encontrar un empleo en el Gobierno. Hay hombres tan tontos que creen que las mujeres más fáciles de conquistar son las enfermeras y las manicuristas. Que son enfermeras de las manos. En cualquier parte del mundo se llama barbería el sitio de sufrir una tortura de higiene. La barbería cu-

barbero de una de esas barberías que cuando llegamos con prisa, un operario se está afeitando él mismo. Y nos dice que el otro barbero vuelve en seguida. Y ya nos vemos arrinconados en un clima donde no queda más remedio que sacarnos la chaqueta y leer un editorial. Sería un síntoma de incultura negar la trascendencia nacional de los editoriales. Pero es curioso que los diarios se venden más el día que traen muñequitos en colores. Hay que ir forjando un pensador que guíe las multitudes con panfletos a cuatro tintas. O un poeta que haga rimas con confetti con virutas de palo de barbería.

EL hombre es un animal que el domingo se levanta tarde. Y el sábado, de día se acuerda que tiene que pelarse, y de noche se acuerda que tiene que llevar la señora al cine. Cree que es una imprevisión, pero se encuentra la barbería llena de señores a quienes les ha pasado lo mismo. Al vulgo le pasa lo que al genio: que tiene coincidencias. Los pueblos salvajes no se pelaban. Eran como astrólogos que no tenían la obligación de fijarse en los astros. Hubo épocas de la literatura en que el talento reñía con el baño y con la barbería. Y como el bigote era un principio de autoridad, lo usaban los serenos, los maridos y los militares. Eran mostachos definitivos. De retener la espuma de la cerveza. El olor a tabaco. Y hasta de la leche. El peso para la amada debía ser como un



bana es un salón de reunirse los amigos. De igual barrio. O por lo menos de igual cuadra. Llega a existir una corriente de familiaridad entre el que pela y el pelado. Es un amor que va de abuelos a nietos. Que es ir de la malanga del niño a la calva del viejo. Porque es posible que tres generaciones confiesen las mismas penas. Den vueltas en el mismo sillón. Y se miren en el mismo espejo. Hay escasos tipos tan puramente criollos como el barbero de pantufla y tirantes. El peine en la oreja. La novia de esperar tiempos mejores. El canario. El tablero de damas. El



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

apretón de cepillo Fuller. Quizá en pleno acoplamiento de idilio, las señoras sintiesen en los labios el arrepentimiento de haber mordido el rabo de un gato. Y naciera ahí mismo el pensamiento lampiño del adulterio. Un galán con cutis de colegiala. Acariciable como la lámina de un libro. Pero cuando la civilización libertó los grandes bigotes, aparecieron en Cuba los bigotes pequeños en número de epidemia. Ya los elegantes no se afeitan. Se decoran. Y portan bajo la nariz una obra de arte. Hay chucheros que tienen los zapatos sucios. El traje arrugado. Un mechón de pelo seco sobre la frente. Pero, ¡cuidado con el bigote!. Las plumas que hacen los presos no llevan las hilachas tan arregladitas. Ahora tenemos una juventud preocupada del bigote, e ignorante de casi todo lo demás. Hallamos un compañero que nos dice: «Yo mismo me arreglo el bigote», como si acabase de encontrar la cuadratura del círculo. Son bigotes de pinza y paciencia. Como esos trasatlánticos contruidos dentro de una botella. Diminutos. Estrechos. Humildes. Lo mismo que si a aquellos bigotazos de los guardia civiles de España les hubiese dado la grippe. A punta de navaja. Un trabajo que inventaron los indios de México cuando vistieron la primera puiga. A pesar de la innovación de Mister

Gillette, se puede llegar tarde a la oficina.

LA barbería es la pena de los que nada tienen que hacer. Y la maldita preocupación de los que tienen que hacer mucho. Primero nos anudan el cuello con un paño que nos aprieta más de lo que nosotros quisiéramos. Un trapo almidonado que le sobra tela para ser babero. Pero que le falta tela para que salgamos llenos de los pelos que van saltando y que no llegan al suelo. Es un privilegio de calvos y de cochinos terminar en la peluquería sin pensar inmediatamente en la ducha. Por eso el peinado que nos hace el barbero nunca sirve. Porque ahora mismo nos vamos a bañar. El silencio de la barbería está lleno del ruido de las tijeras. Los magazines son del mes pasado. Y no se ha conocido del cliente que discuta las ideas políticas de un señor que tiene en la mano una navaja abierta. Mientras el parroquiano baja la vista y mira en los espejos a otros seres que han dejado de leer. Porque se les ha dormido una pierna. El sillón de la barbería es un confesonario al revés. Mi barbero tiene un hijo cesante. Una esposa tuberculosa. Un hermano en Mazorra. Y está empeñado en que hay que tener mucho cuidado con la democracia. Porque deja de ser democracia desde la no-

ra en punto en que ser demócrata es una obligación. Después de hablar del aceite que falta y de la «Orpa» que sobra, el barbero nos pregunta cómo queremos el pelado, para hacerlo como a él le da la gana. Nos trae un periódico que no leemos. Nos hace una historia que no nos interesa. Y termina ofreciéndonos a través de un espejo de mano la única oportunidad que tenemos de ver nuestra propia nuca. Y siempre contestamos que sí con la cabeza. En movimiento de arriba a abajo. Como muñeco de ventrilocuo. Aunque no nos agrade, ya que la cosa no tendrá remedio. Hay ideales que no pueden conseguirse. Por ejemplo: un bar-



bero que hable poco. Una esposa que no cele. La desaparición de esos amigos que después de darnos una lata soberana, nos dicen que «para no hacerte el cuento largo». Y compañeros que vean el porvenir a través de una fluoroscopia sin cálculos en la vejiga. «Estoy contento como si me hubiera afeitado», decía uno de esos mortales que sospechan que para dejarse la patilla hace falta una enfermedad. Y que todo mosquetero fué la consecuencia histórica de una fiebre alta.

ANTES irse a pelar era un propósito sencillo que no tenía más que dos caminos: la pluma corta. O la pluma larga. Los calvos quedaban fuera de uno y otro ideal, con una gran raya al medio que parecía sacada con barniz de muñeca. No podrá saberse nunca por qué a la idea de una calva se asocia la presencia de una mosca. Nada brilla más que una calva absoluta. Si acaso el pasamano de la escalera de una casa de inquinato. El arreglo de la cabeza del hombre se ha visto de pronto complicado por un ensayo: el pelado ultramoderno. Y se ha constituido una extraña familia con perfiles de medallón antiguo y masonería de ricitos. Es un truco que consiste en acabarse de pelar. Y parece que hace mucho tiempo que no se pasa por la barbería. Son los amigos que se presentan como si vinieran en monedas españolas. El permanente de los jóvenes que van a la matinée bailable, como si la víspera se hubie-

IP

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ran hecho papelillos. Con la pamela de cintas de colores. El llavero con cadena hasta las rodillas. Y esa elegancia de dos tallas más que tienen los dandies de Harlem y los negros que cuidan los inodoros de los cabarets. Claro que el barbero cubano de antaño, que le dejaba la cara enjabonada a cualquiera para salir a la acera a decirle un pipopo a la gorda que salía del trabajo, no puede concebir que haya hombres que se cuiden la cabeza como madame Pompadour. Y aunque se oxide. Y se arruine, Y le aplaste el progreso. No entra en ese negocio de mandar a un amigo para la calle como si fuera una señorita que va a hacer la Primera Comunión. Que una cabeza grande no quiere decir un talento preclaro. Se hacen siluetas en el bigote. Se dejan crespos. Sacan la cadera en el montuno. Se ponen una plumita en el sombrero. Se empolvan como viejas coquetas. Y los tártaros se abrazan. Porque tú eres mi amigo. Mi hermano. Mi sangre. Mi socio. Los chucheros son valientes de «por mamá que le parto la cara». Y se muere el que se equivoca conmigo. Pero entre ellos se quieren con efusión aparatosa y bastante femenina. El encuentro de

dos chucheros en un baile puede ser así:

- ¡Mi familia!...
- Abrazame, negrito...
- ¡Qué cosa más santa!...
- Esto es lo más grande que hay en Cuba.
- Se estrujan.
- Usted sabe que yo lo llevé en el corazón.
- Tú eres un ingrato y un sinvergüenza.
- Casi se besan. A la hora de pagar la convidada casi se pegan.
- Estate tranquilo... Guarda eso...
- ¡No va, no va!...
- Olvida...
- Mira a ver si te cobran, tri-gueño.

Y le acaricia la cara. Vuelven a abrazarse.

Claro que son muchos y peligrosos si llega la hora. Pero la coincidencia de dos mujeres en una fiesta no tendrá nunca ese alarde de dulzura de cuando los chucheros quieren patentizar una amistad de pantalones de tubo, saco largo y corbata de trampolín. Porque no me destiño. Y conmigo si es verdad que no hay problema.

NO se ha conocido todavía al barbero que en su negocio se haya hecho rico. Cuando una barbería progresa, degenera en sala de operaciones. El instrumental brilla en níqueles flamantes. Los operarios con las chaquetas blancas y la firma en el bolsillo, parecen cirujanos. No merece la pena. Falta la murmuración del barrio. La confianza de la vecina de enfrente. La técnica para sacar las espinillas. El masaje científico y el paño caliente, le han dado una puñalada traperera a la accesoría. Con un ventilador de paletas que no echa fresco. Una Caridad del Cobre que tiene telaraña en el bote. Y los haraganes que llegan cada tarde, no a contar cómo les fué en el amor. Sino como ellos quisiera que les hubiera ido. ¡Barbería cubana! Pequeños negocios de amigos que vienen. Espejos con manchas. Techo con vigas. Brochas con mucho jabón y poco pelo. Pero el barbero nos pregunta cómo sigue la viejita. Y qué es de la salud de Fefita. Y si ya se casó Graciela. Y siempre tenemos que volver. Como se vuelve a donde el panorama es pequeño y el afecto es grande. Al barbero que pelaba a mi padre le produce cierta alegría ver mi nombre en los periódicos. Aunque yo no voy por allí. Cuando era un niño, ¿quién iba a decir que me abriría paso con esas boberías? Ya tu ves lo que es la vida.

DM, at 7/16



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA